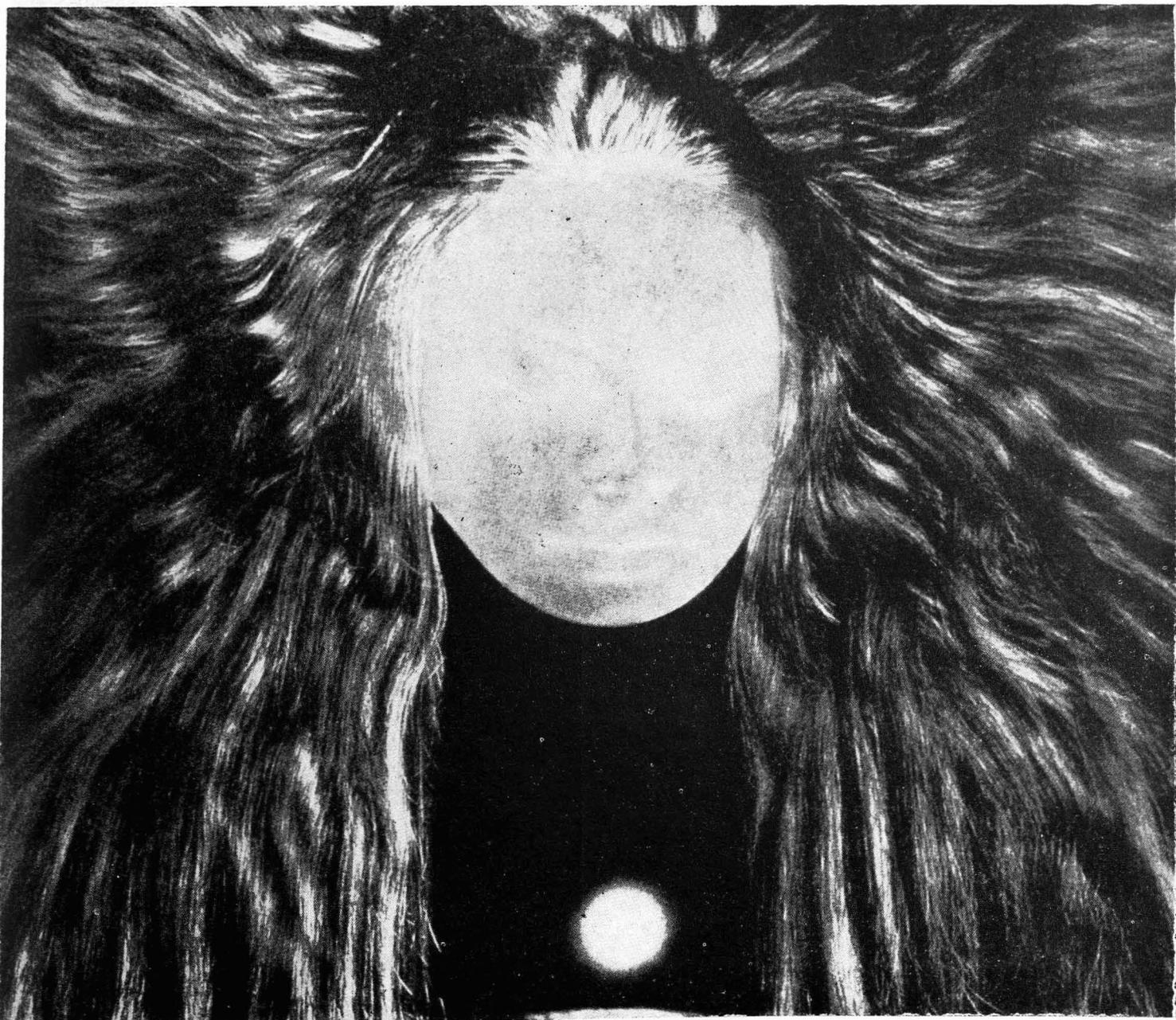


# Todo el hechizo

Por André BRETON

Por lo que sé, me movía, en aquella época, la angustia en que me dejaba la desaparición de una mujer a quien no daré ningún nombre, para no dejar de satisfacerla, a requerimiento suyo. Esa angustia venía esencialmente de la imposibilidad en que me hallaba de tener en cuenta las razones de carácter social que habían podido separarnos, para siempre, como entonces ya sabía. Ahora esas razones ocupaban todo el campo de mi conocimiento, un conocimiento por otra parte bastante nublado por la falta de huellas objetivas de aquella misma desaparición, ora imponiéndose la desesperación a toda manera válida de consideración, me sumergía en el horror puro y simple de vivir sin saber cómo podía vivir aún, cómo podría seguir viviendo. Nunca he sufrido tanto, es mediocre decirlo, por la ausencia de un ser y por la soledad, que por su presencia en otra parte donde yo no estaba y por lo que podía imaginar a pesar de todo de su gozo por una fruslería, de su tristeza, de su tedio por un cielo de un día, un poco demasiado bajo. Es la brusca imposibilidad de apreciar una por una las reacciones de este ser en relación con la vida exterior, lo que siempre más me ha precipitado abajo de mí mismo. Todavía hoy no concibo que esto sea tolerable, no lo concebiré nunca. El amor, considerándolo desde el punto de vista materialista, no es de ninguna manera una enfermedad inconfesable. Como han hecho observar Marx y Engels (*La Sagrada Familia*), no es porque desalienta la especulación crítica, incapaz de asignarle *a priori* un origen y una finalidad, no es porque el amor, para la abstracción, "no tiene pasaporte dialéctico" (en

el mal sentido de esta palabra) que puede ser proscrito como pueril o como peligroso. "Lo que la crítica ataca aquí —añaden Marx y Engels—, no es solamente el amor, es todo lo que es vivo, todo lo que cae directamente bajo los sentidos y es del dominio de la experiencia sensible; es, en suma, toda la experiencia material de la que no se puede nunca establecer de antemano ni el origen ni la finalidad." Me hallaba, digo, en el estado de un hombre que, creyendo haberlo hecho todo para conjurar la suerte contraria al amor, debía rendirse a esta evidencia de que el ser que le había sido durante largo tiempo el más necesario se había retirado, que el mismo objeto que, para él, había sido *la piedra angular del mundo material* estaba perdido. Alternativamente había considerado aquel objeto en su falta de equilibrio social bastante particular, me había considerado en la mía. Esto no había llegado más que a confirmarme la opinión de que sólo un cambio social radical, cuyo efecto sería suprimir, con la producción capitalista, las condiciones de propiedad que le son propias, lograría hacer triunfar, en el plano de la vida real, el amor recíproco, puesto que este amor, por su naturaleza, llega "a cierto grado de duración y de intensidad que hace que las dos partes consideren la no posesión y la separación como una gran desdicha, si no la mayor de todas" (Engels: *El origen de la familia*), y que, no obstante, le sucede que tropieza miserablemente, en caso de preparación insuficiente de esas partes, con consideraciones económicas tanto más activas cuanto que son a veces rechazadas. Tales ideas no me eran, a decir verdad, de ningún consuelo apreciable; no



"no es solamente el amor, es todo lo que es vivo, todo lo que cae directamente bajo los sentidos"

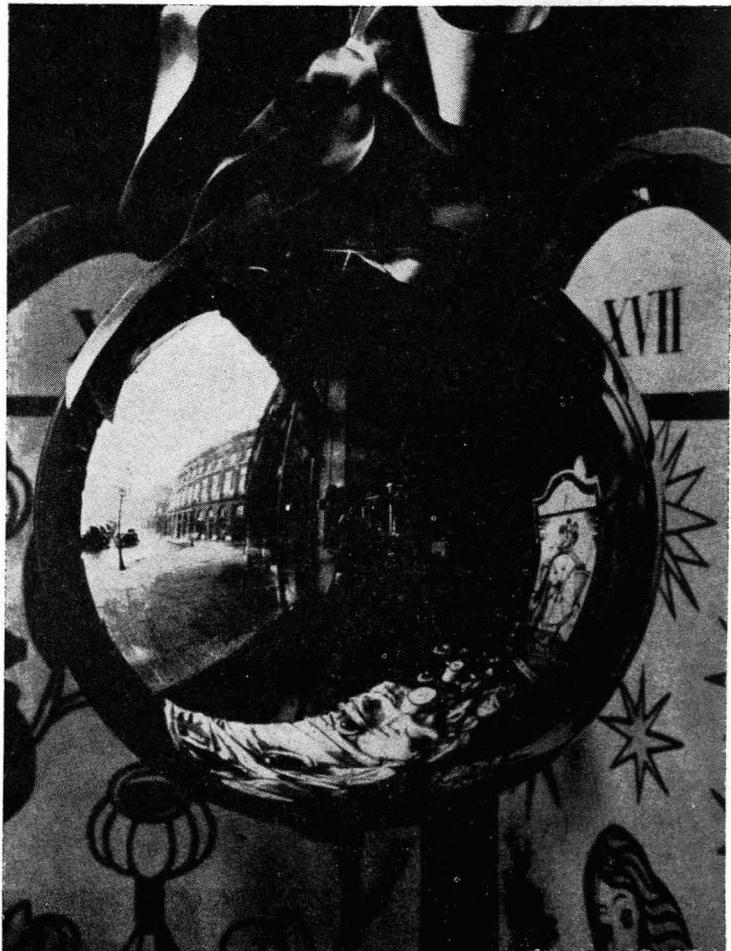
ofrecían, al dolor que yo podía experimentar entonces, más que un derivativo muy débil. Otra cosa era, como si sintiera a cada segundo que el suelo huía bajo mis pies, el hecho de constatar que un objeto esencial, este bien exterior, se había sustraído a mis sentidos, arrastrando para mí y, como yo sabía, para mí solo, con él a todos los demás, arrojando una duda tan implacable sobre la solidez de todos los otros que mi pensamiento ya no los retenía, no sentía interés por ellos, los rechazaba no solamente como secundarios, sino como aleatorios. Sí, la partida estaba perdida, bien perdida: ni siquiera me quedaba ya, en las condiciones en que llegaba al desenlace, el orgullo de haberla jugado. Bajo mis ojos los árboles, los libros, las personas flotaban, un cuchillo en el corazón.

(No soy, en semejantes circunstancias, muy capaz de recurrir a las embriagueces vulgares. Me parece que con ello adquiriría rápidamente una idea de mí poco compatible con la continuación misma de mi vida. Detesto el mundo y sus distracciones. Nunca he llegado a acostarme con una prostituta, lo cual proviene, por una parte, de que nunca he amado —y que no creo poder amar— a una prostituta; y por otra, de que soporto muy bien la castidad, cuando no amo. Pero me parecería indigno por encima de todo, querer alejar la imagen de un ser amado por medio de la de un ser o de diversos seres no amados. Persisto en considerar las operaciones del amor, como las más graves: aparte de las consecuencias sociales que nunca me oculto que pueden tener, no trato de olvidar que, siempre desde el mismo punto de vista materialista, “es su propia esencia lo que cada uno busca en otro” (Engels). Para que sea así me parece necesario que la palabra *otro*, en esta frase, sea limitativa de una multitud de seres y, en particular, de todos aquellos que, para el individuo considerado, podrían ser pasajeramente causas de distracción y de placer. A fin de evitar toda confusión, tengo interés en añadir que no formulo aquí ningún principio general, no me propongo más que ayudar a la inteligibilidad de lo que precede y de lo que seguirá: no puedo hacerlo sin hablar de mí).

No obstante, volvía, lo más conscientemente del mundo, al desorden. Cuando los pensamientos amargos que venían cada mañana a asaltarme se habían cansado de dar vueltas en mi cabeza como ardillas quemadas, el automatismo sentimental, sexual, intentaba más o menos vanamente hacer valer sus derechos. Me encontraba de nuevo huraño ante esta balanza sin fiel, pero siempre centelleante, esta balanza borracha: amar, ser amado. La tentación absurda, pero inmediata de sustituir el objeto exterior ausente por otro objeto exterior que colmase, en cierta medida, el vacío que había dejado el primero, esta tentación se abría paso violentamente en ciertas obras, arrastrando por mi parte un comienzo de acción. Por otra parte me había dado a pensar que el error inicial que había podido cometer y que pagaba en aquel momento con un desprendimiento de mí tan cruel, residía en la subestimación de la necesidad de bienestar material que puede existir naturalmente, y casi sin saberlo ella, en una mujer ociosa que por sí misma no dispone de los medios de asegurarse este bienestar, de un cierto progreso en este sentido, que puede tener interés en realizar durante el curso de su vida. Debía reconocer que por este lado yo nunca había sido capaz de otra cosa sino de decepcionarla, de insatisfacerla. Por un reflejo moral bastante curioso —me doy cuenta de que no estaba lejos de atribuir a esto un sentido de reparación, del carácter humano más general—, de repente me había figurado que ya no debía acoger cerca de mí, si el porvenir lo permitía, más que a un ser particularmente desprovisto de recursos, particularmente esclavizado por la sociedad —con tal que su dignidad no hubiese sufrido nada por ello— y que al menos estuviese en mi poder ayudarlo a vivir por algún tiempo: el tiempo que yo mismo lograría vivir. Nada dice que una mujer encantadora y estimable, si entonces hubiese podido ser advertida de mis disposiciones, no hubiese consentido compartir conmigo lo que tenía. A veces deploraba no poder publicar un anuncio en algún periódico ideal. A falta de permitírmelo, me representaba con celo, debo decirlo, las increíbles dificultades que un hombre puede encontrar para conocer a una mujer de quien, al verla pasar por la calle, augura algún bien. La hipocresía social, la defensa ante la cual mantienen las mujeres las insinuaciones de un número demasiado grande de sinvergüenzas, los desprecios siempre posibles por la calificación intelectual y moral de las callejeras, no sirven para hacer de esta empresa, en los peores momentos, un pasatiempo muy recomendable. Una cosa, sin embargo —que esto sea o no de naturaleza para indignar a diversos buenos apóstoles— me parece menos capaz que otra, de romper el hechizo bajo el cual haya podido dejarnos una mujer amada, que ha partido, *todo el hechizo*, que es el de la vida misma, y esta

cosa es la persona colectiva de *la* mujer, tal como se formó, por ejemplo, durante un paseo solitario algo prolongado, en una gran ciudad. Lo rubio hace extrañamente valer lo moreno, y a la inversa. Las pieles muy hermosas se exaltan y exaltan con ellas las miserables pañoletas. En el misterio siempre asediador de las variedades de cuerpo que se dejan adivinar, hay que sostener parcialmente la idea de que no todo está perdido, puesto que la seducción pone aún, por todos lados, tanto de su parte. ¿Esta mujer que pasa, a dónde va? ¿En qué sueña? ¿De qué podrá estar tan orgullosa, ser tan coqueta, tan humilde? Las mismas preguntas se repiten para otra, aún antes que ésta haya pasado. Un gran ruido se produce, ruido vivo, ruido claro, ruido de construcción y no de derrumbe, que es el del esfuerzo humano buscándose unánimemente una justificación, no fuera del ser humano, sino a la vez en sí mismo y en otro. ¡Qué belleza en eso, qué valor, qué nitidez, a pesar de todo! La mujer de París, esta criatura compuesta, hecha diariamente de todas las imágenes que van a mezclarse en los espejos de afuera, ¡cuán desfavorable es a los pensamientos replegados sobre sí mismos, cuán desconcertante en la soledad y en la desdicha! Si de pronto el ser inmediato más sensible me falta, la única probabilidad que tengo de volver a descubrirlo (aquel que puede haberse convertido en otro, o aquel), de volver a descubrirlo, conociéndolo esta vez en su realidad, es entretanto, el haber podido realizar esta operación capital del espíritu que consiste en ir del ser a la esencia. En esto debe consistir todo el secreto de los poetas, que pasan por encontrar sus acentos más patéticos en la desesperación. En ningún dominio la ley de la negación y de la negación de la negación, logra verificarse de una manera más impresionante. A este precio es la vida.

Es natural que el ser inmediato objeto del amor, una vez desaparecido, ese rodeo por la esencia, es la medida en que se prolonga inútilmente y esto a causa de la posibilidad para el espíritu de retorno al ser, favorece cierto número de actitudes inhumanas y engendra falsas gestiones. Me explico. Según todas las probabilidades, el amor sometido en un ser al ritmo general de su evolución, tiende a perfeccionarse filosóficamente, como el resto. Puede ser que yo descubra más tarde la razón profunda, que todavía se me escapa, de esta incompatibilidad finalmente declarada entre yo y lo que había querido tener más cerca de mí, y, según toda verosimilitud, percibiré entonces que, en efecto, de un ser inmediato, como aprendido de memoria, no había sabido hacer plenamente para mí un ser real. Sin duda, yo tampoco habré logrado ser bien real para



“las imágenes que van a mezclarse a los espejos de afuera”

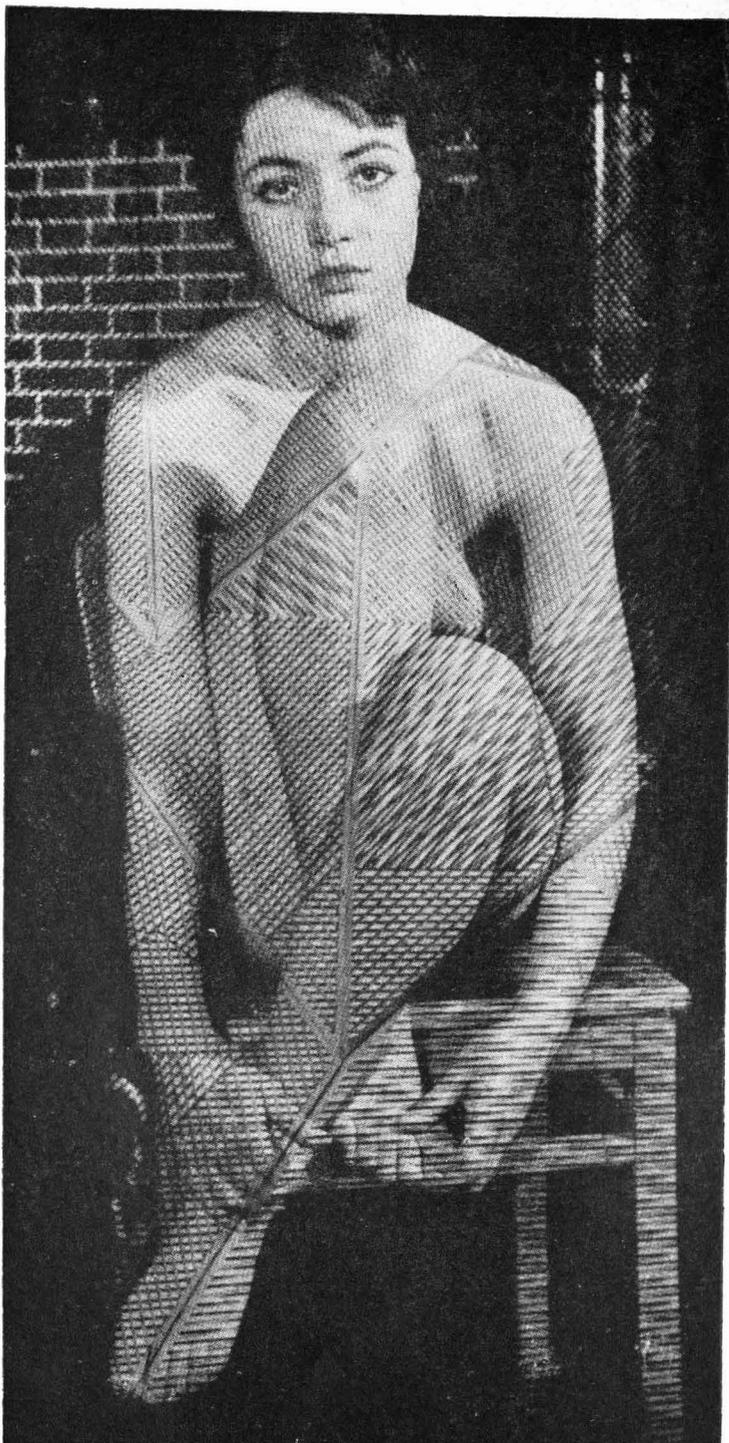
aquel ser. Pero, hecha esta deducción, ¿cómo no esperar ser más dichoso un día o, a falta de esto, cómo no querer que un hombre que habrá leído estas líneas sea, un poco a causa de ellas, menos desdichado que yo? No es imposible, digo, que yo adquiera a mis expensas el poder de considerar a otro ser como real, o de hacer considerar a otro ser como real por alguien que lo ame. Tanto mejor si mi testimonio ayuda a ese hombre a deshacerse, como yo quiero deshacerme, de toda sujeción idealista. Lo conseguiré errando menos de lo que yo habré errado en estas sombrías calles. Si se está expuesto, en circunstancias del orden de las que he descrito, a un desquiciamiento moral más o menos completo, es, hay que decirlo, que los medios de conocimiento que son propios del amor que sobrevive a la pérdida del objeto amado, estos medios ya sin aplicación, tienden impacientemente, con todas sus fuerzas, a volver a aplicarse. Tienden a volver a aplicarse porque la posición puramente especulativa que de pronto se ha asignado al hombre se revela insostenible. Helo aquí, bruscamente peleando con un mundo en el que todo es indeterminado. ¿Cómo evitará esta vez engañarse y engañar a algún otro sobre sí mismo? ¿Determinará? Está destrozado, confuso, débil, deslumbrado. ¿No determinará?

Para vivir, tiene que determinar. Tiene que ponerse a preferir esto y aquello. Unos ojos muy bellos, como los de esta alemana, pueden con todo, ser un oasis. He omitido decir que no me hallaba al día siguiente de aquel en que me había aparecido con certeza el carácter irremediable de la situación que se me había planteado en relación con la mujer a quien amaba. Ya habían pasado varios meses, durante los cuales agoté todas las formas de verme ir y venir en un callejón sin salida. Para engañar este automatismo exigente de que he hecho mención más arriba, incluso había llegado cierta noche a apostar con unos amigos que dirigiría la palabra a diez mujeres de aspecto "honrado" entre el Faubourg Poissonniere y la Ópera. Ni siquiera me otorgaba el permiso de elegir las. Era para sorprender el primer movimiento de ellas, para oír sus voces. No llegué más allá de la octava y, entre este número, sólo encontré una, muy poco atractiva por otra parte, que no quisiera contestarme. Cinco de las otras se dignaron aceptarme una cita. Detesto, huelga decirlo, esta clase de actividad, pero en aquella circunstancia le encuentro una excusa: dentro de lo desconocido en que me debatía, era mucho para mí hacer que aquellas desconocidas se volvieran hacia mí. Otra vez me paseé, llevando en la mano una hermosísima rosa roja que destinaba a una de aquellas damas del azar, pero, como les aseguraba que no esperaba de ellas nada más que poder ofrecerles la flor, me costó muchísimo encontrar una que quisiera aceptarla.

La joven del 5 de abril, a la que me reprochaba cruelmente no haber seguido, reapareció dos o tres veces por los alrededores del café. Puede decirse que yo no había dejado de estar al acecho, con la esperanza de encontrarla sola y poder entregarle una tarjeta en la que había escrito estas palabras, después de haberlas hecho traducir para ella: "No pienso más que en usted. Deseo locamente conocerla. ¿Aquél señor es quizá su hermano? Si no está usted casada, pido su mano." Seguía la firma y: "Se lo suplico." No tuve la más mínima ocasión de entregarle aquella tarjeta. Hasta dos días después, a partir de los cuales no volví a verla, en efecto, no se presentó ante mí más que acompañada de la persona del primer día, pero ésta de un instante a otro más manifiestamente hostil a sus manejos, siempre los mismos, y a los míos. Hice lo imposible por procurarme su dirección, pero las incansables precauciones que se tomaban, muy a su pesar, para que aquélla me permaneciera oculta, resultaron suficientemente eficaces.

¡Qué corto resulta este relato! Apenas presentado un personaje se le abandona por otro —¿y aun quién sabe si por otro? ¿Para qué, entonces, este esfuerzo de exposición? Pero el autor, que parecía haber emprendido la tarea de entregarnos algo de su vida, ¡habla como en sueños! — *Como en sueños*.

El 12 de abril, hacia las seis de la tarde, me paseaba con mi perro Melmoth por los boulevares exteriores, cuando, a la altura de la Gaité Rochechouart, ante la cual me había inmobilizado el cartel de *Pecado de judía*, descubrí cerca de mí a una joven cuya atención no parecía menos vivamente atraída por aquel cartel. Demasiado ocupada para fijarse en mí, me dejaba contemplarla a mi sabor. Nada en el mundo más encantador, menos abreviable que aquella contemplación. Muy aparentemente pobre, como sin duda debía ser en aquella época de mi vida, ya lo he dicho, para que toda la emoción de que soy capaz al ver a una mujer entrarse en juego, podía hacer evocar en el primer instante a aquella por la que Charles Cros, al final de su más bello poema, *Libertad*, no pudo encontrar más que estas palabras insuficientes y maravillosas:



"un no sé qué de cegador y de tan grave"

#### *Amiga esplendente y morena*

o aun aquella, cuyos ojos tenía, sí, los ojos que desde hace quince años no han dejado de ejercer sobre mí su fascinación, la *Dalila* de la pequeña acuarela de Gustave Moreau que me ha hecho ir tan a menudo al Luxemburgo para volver a verla. Aquellos ojos, bajo las luces, si recurro a una comparación a la vez más lejana y más exacta, me hicieron pensar inmediatamente en la caída, sobre una agua tranquila, de una gota de agua imperceptiblemente teñida de cielo, pero de un cielo de tempestad. Era como si aquella gota se hubiese mantenido indefinidamente en el instante en que una gota toca el agua, justo antes de aquel en que, con lentitud, se la podría ver fundirse en ella. Esta imposibilidad, reflejada en un ojo, era para condenar las aguasmarinas, las esmeraldas. A la sombra, como lo vi después, podía uno hacerse de él la idea de un rozar continuo, y sin embargo, recomenzado sin cesar, de aquella misma agua por una punta finísima que llevara una minúscula porción de tinta china. Todo, en la gracia de aquella persona, era lo contrario de premeditado. Vestía cosas de un negro lamentable que, además, le sentaba muy bien. Había en su porte, ahora que vagaba a lo largo de las tiendas, un no sé qué de cegador y de tan grave, por ser perfectamente ignorado por ella, que no podía menos que recordar, en su ley, que pacientemente tratamos de vislumbrar, la gran necesidad física natural al tiempo que hacía pensar más tiernamente en la displicencia de ciertas flores altas que empiezan a abrirse. No tardó así mucho tiempo

en sólo tener que pasar para desalentar con su silencio, ni siquiera hostil al asalto de cortesía y de descortesía al que, en semejante lugar, un domingo por la tarde, toda su persona la exponía. Observé con emoción que nadie insistía cerca de ella. Todos aquellos que, sin haberla visto siquiera, se arriesgaban a emprenderla, desperdiciaban sus piropos, sus chanzas. Se alejaban en seguida, con aire ausente, concediéndose nada más el derecho de volverse para estimar, con una mirada, el encanto del talle y lo que la media de hilo daba a entender, irreprochablemente, de la pantorrilla. Vacilé largo rato antes de acercarme a ella, no porque aquellos diversos ejemplos desgraciados pudiesen disuadirme, pero apenas si me había visto y por poco me hubiera conformado, aquel día, con la certeza de la existencia de semejante mujer. Fue necesario, para que me decidiera, que, volviendo bruscamente sobre sus pasos, emprendiese el camino por la acera desierta que bordea, después de pasar el boulevard Magenta, el hospital Lariboisière. Hoy digo: Lariboisière, pero recuerdo que entonces busqué vanamente poner un nombre al establecimiento que rodean aquellos largos muros sombríos, cubiertos de cuando en cuando de carteles desgarrados. No ignoro sin embargo, la situación de ese hospital, pero, a juzgar por una inscripción leída inconscientemente que no designa más que un servicio particular de aquél, estaba dispuesto a creer que era más bien la maternidad (cuyo emplazamiento exacto me es también conocido desde hace mucho tiempo). Esta confusión, muy parecida a las que pueden producirse en sueños, prueba, según mi opinión, el reconocimiento de la maravillosa madre que había en potencia en aquella joven. Así se realizaba, como vemos, mi más imperioso deseo de entonces, si no el de no morir, al menos el de sobrevivirme en lo que antes de morir había podido considerar como admirable y viable. Sé que el eclipse del hospital Lariboisière podía, por otra parte, ser debido al hecho que al ver de pronto a aquella persona eminentemente deseable, no había podido menos de preguntarme vagamente qué podía estar haciendo allí, a aquella hora, de concebir alguna duda vivamente combatida de inmediato, sobre su moralidad y, correlativamente, sobre su salud. A las primeras palabras que le dirigí, contestó sin embarazo (yo estaba demasiado emocionado para formarme una idea nueva de sus ojos fijos en mí) y hasta me dispensó la gracia de parecer encontrar un poco inesperado lo que le decía. Mi maravilla, lo digo sin miedo al ridículo, mi maravilla no conoció ya límites cuando ella se dignó invitarme a acompañarla hasta una salchichonería vecina, donde quería comprar pepinillos. A propósito de esto, me explicó que iba a cenar, como todos los días, con su madre y que ni una ni otra sabían apreciar una comida, si no iba acompañada de pepinillos. Me veo de nuevo ante la salchichonería, reconciliado de pronto, como cosa imposible con la vida cotidiana. Ciertamente, es bueno, es superiormente agradable comer, con alguien que no nos sea del todo indiferente, pepinillos, por ejemplo. Era necesario que esta palabra fuese pronunciada aquí. La vida está hecha también de estas pequeñas costumbres, está en función de estos gustos mínimos que se tienen, que no se tienen. Aquellos pepinillos me sirvieron de providencia, un cierto día. Sé que estas consideraciones no podrán agradar a todo el mundo, pero estoy seguro de que no hubiesen desagradado a Feuerbach, lo cual me basta. (Me gustan mucho, por otra parte, los escritores naturalistas: pesimismo aparte —son verdaderamente demasiado pesimistas—, considero que han sabido sacar partido de una situación como aquella. Los encuentro, en término medio, mucho más poetas que los simbolistas que, en la misma época se esforzaban por embrutecer al público con sus lucubraciones más o menos ritmadas: Zolá no era malo, realmente, en cuanto a empuje; los Goncourt, de los que se tiende cada vez más a representarnos solamente los resabios intolerables, no eran incapaces de ver, de palpar; Huysmans entre todos, antes de hundirse en la fangosa vacuidad de *En camino*, no había dejado de ser muy grande y habría fundamento para dar por modelo de *honradez* a los escritores de hoy los libros cada vez menos leídos de Robert Caze. A pesar de todos sus defectos. Solamente Alfonso Daudet, verdadero portavoz de la pequeña burguesía de su época, se había, en todos los puntos definido con ella como un ser vil, repugnante, despreciable. Persisto en creer que, el talento aparte, lo repetiré, aquellos escritores por otra parte se equivocaron totalmente). Los pepinillos están ahora envueltos, podremos marcharnos. El tiempo no me ha parecido nunca menos largo. Para mí, de nuevo, no hay nadie más en el boulevard, tanto escucho, tanto espero que de aquellos labios risueños caiga la sentencia imprevisible que hará que yo viva o que otra vez no sepa cómo vivir mañana.

Me entero por aquella joven que es bailarina, que como cosa extraordinaria ama su oficio, que vive allí —atravesamos la plaza de la Chapelle—, en casa de sus padres, muy cerca. Me encanta hallarla confiada, atenta, aunque al parecer poco curiosa por mí, lo cual me ahorra tener que entrar, como a cambio de aquella atención y aquella confianza no podría evitar hacerlo, en detalles aflictivos referentes a mí. Al despedirse, me concede, sin hacerse de rogar, una cita para el día siguiente.

Desde entonces he tenido varias veces la ocasión de volver a ver la fachada ruinosa y toda tiznada de la casa de la calle Pajol, por cuya puerta había visto desaparecer a aquella amiga de una tarde —que no debía serme nunca más amiga. Aquella fachada es tal que no conozco otra más entristecedora. ¿Cómo puede un ser físicamente tan excepcional permanecer, divirtiéndose con ello, varias horas del día al fondo de aquel patio, tras aquellas cortinas grises? ¿Cómo puede atravesar sin daño, varias veces al día, la abominable y al mismo tiempo sorprendente encrucijada de la Chapelle, donde mujeres parecidas todas a viejos odres, descubriendo el escote, requieren todavía al transeúnte que “les pague un litro”? Esto, por otra parte, no era ya más que un aspecto accesorio del problema. Si he dicho la verdad, hubiera debido bastarme, puede pensarse, haber reanudado el contacto con la vida exterior por la gracia de aquel ser, sin por ello esperar más de lo que me había dado. ¡Pero, vayan ustedes a contar con la esperanza! Yo no dudaba de que la bella paseante del domingo volviera al día siguiente, como había dicho, y confieso que enloquecí al no verla. Ese enloquecimiento era, por otra parte, en todo preferible a aquello de que me había sacado su aparición. Para mí, la vida había vuelto a tener un sentido y hasta el mejor sentido que pueda tener. Terminé por informarme, en la calle Pajol, de su nombre, a fin de hacerle llegar una carta. No recibiendo respuesta, pasé varias tardes consecutivas hastiándome por ella, pero sólo por ella; en el pequeño jardín de la plaza que ella debía bordear cada día para salir y para volver, pero no logré verla. Aquella ausencia voluntariamente prolongada terminó, como era de esperar para mí, en una idealización completa, de una fuerza tal, que ya no me atreví a ir más a su encuentro por miedo de no reconocerla. En efecto, lo había olvidado todo de su silueta, de su porte y, por poco que sus ojos estuvieran bajos, no me sentía capaz de identificarla a tres pasos de distancia. No por esto le estaba menos agradecido por no haberme despedido bruscamente el domingo, y hasta este agradecimiento, en mí, no tardó en tomar un giro ligeramente enfático, bastante singular. Sin esperar, ciertamente, a forzar así la resistencia que ella me mostraba, pensé en aturdira con pequeños regalos, cuyo mismo carácter desinteresado los hacía valer muy especialmente a mis ojos. Es así que le hice llevar una gran azalea en maceta, que elegí por su color rosa y de la que no me cansaba de imaginar la entrada teatral en el patio negro y la escalera verosimilmente sórdida de su casa. Una tarjeta de visita muy lacónica me dio las gracias. Algunos días más tarde, una inmensa muñeca vestida de hada tomó el mismo camino que la flor, pero, esta vez, no había tenido el valor de dejarla partir sin una carta. Este último envío me valió la aceptación de una cita que solicitaba. Le debí también el comprender, en el curso de la conversación que resultó de ellos por la mañana del domingo 19, y en la que se trató, sobre todo, mientras yo dejaba hablar, de menudos incidentes profesionales y de diversiones inocentes sacadas de la pequeña correspondencia de los periódicos galantes, que yo no podía tener nada en común con aquella niña que tenía dieciséis años y a quien, en mi confusión, le había atribuido veinte. Fue ella, sin embargo, quien decidió conmigo terminar allí, olvidando que había ofrecido volver a verme dos días después. Era, pues, verdad que no debía encontrarse en mi camino más que aquel primer domingo. Le guardo todavía una gratitud infinita por haberse encontrado allí. Ahora que ya no la busco, sucede que la encuentro algunas veces. Tiene aún los ojos igualmente hermosos, pero es forzoso reconocer que ha perdido para mí su prestigio. Como para que nada subsista entre ella y yo, de las palabras, sin duda de importancia demasiado desigual que pudimos cambiar, cuando pasa cerca de mí vuelve la cabeza de un modo bastante inexplicable a fin de no tener que contestar a un saludo eventual.

Fragmento de *Los vasos comunicantes*, que próximamente publicará la Editorial Joaquín Mortiz en su serie del Volador.

—Traducción de Agustí Bartra